

Desafíos que plantean a los procesos investigativos en juventudes las condiciones juveniles en América Latina y El Caribe¹

Klaudio Duarte Quapper*

La pregunta por los campos de conocimiento o los ejes temáticos que en juventud estratégicamente debemos desarrollar, pensando en fortalecer sus trayectorias de vida y el ejercicio pleno de sus derechos, y por lo que se ha hecho y se sabe –poco, mucho o nada– en América Latina y El Caribe, nos abre a un conjunto de reflexiones que se desplazan, por una parte, en torno a las y los sujetos jóvenes en su diversidad y pluralidad, lo que señala que hablamos de juventudes y no de una juventud (Duarte, 2001); y por otra, en lo que se refiere a los procesos de construcción, creación y recreación que estos sujetos y sus distintas agrupaciones hacen día a día y noche a noche en sus distintos ámbitos de vida y de muerte; lo cual también se vincula con las producciones que su sociedad –comunidades, instituciones, etc.– elabora hacia ellos y ellas. Finalmente, estas reflexiones interrogan por las posibilidades de obtener una cierta estructuración del quehacer reflexivo en una forma diferenciada de mirar y comprender lo juvenil desde sus singularidades y desde sus continuidades.

¹ Este texto continúa y profundiza nociones planteadas en Duarte (2005). Se ajusta y envía para el Encuentro de Conocimiento en Juventud, realizado en la Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, el 13 y 14 de octubre de 2009. Encuentro convocado por la Pontificia Universidad Javeriana, AECID, Programa Presidencial Colombia Joven y un grupo de organizaciones juveniles e instituciones públicas.

* Sociólogo y educador popular; académico del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, Coordinador del Núcleo de Investigación en Juventudes.

Asumo como punto de partida que en nuestra región latino-caribeña se ha avanzado de manera significativa en la construcción de las condiciones para producir conocimiento específico sobre lo juvenil, por cuanto existen propuestas teóricas y metodológicas que permiten pensar lo juvenil como procesos de interacción de diverso tipo (por presencia o ausencia, cercanía o lejanía) de este grupo social, o para pensar desde dentro de dicho sector. Este avance requiere ser reflexionado y sistematizado con el fin de buscar abrir nuevos desafíos para el próximo tiempo. En ese sentido, es relevante la iniciativa de este Encuentro sobre Conocimiento en Juventud(es).

Un camino posible para esta reflexión-sistematización es tomar al menos tres senderos: primero, mostrar cómo, en nuestra historia latinoamericana y caribeña, la emergencia de este sujeto joven y de los grupos de juventudes –con sus acciones, discursos, imaginarios, etc.– han exigido a diversas disciplinas la construcción de una serie de herramientas analíticas; segundo, presentar y debatir los diversos enfoques que están en la base de las miradas construidas; tercero, señalar, a modo de pistas y aperturas conversacionales, un conjunto de desafíos para la permanente construcción de conocimiento en este ámbito de lo social.

Sendero 1. Emergencia de sujetos jóvenes como condición para el surgimiento de conocimiento sobre juventudes

Para conocer comprensivamente el proceso de aparición-emergencia e instalación de las juventudes en nuestra región, hemos de recurrir a los aportes que distintas fuentes y

corrientes de la historia han venido realizando en las últimas dos décadas. Esto porque recién en este último período han estado adquiriendo rostro en la historiografía los actores niños, niñas y jóvenes. Hasta antes de ese tiempo, su presencia estuvo marcada por una derivación al rol social que jugaron en aquella época de su vida en que pertenecieron a lo que –con criterios de hoy– podríamos llamar su generación joven: oligarca, peón, labrador, minero, soldado, obrero-obrera, parlamentario-parlamentaria, feminista, empresario, maestro-maestra, poblador-pobladora, dirigente-dirigente².

Esta reciente aparición en la narración histórica tiene que ver básicamente con que la historia ha sido contada por quienes detentan el poder en sus diversas formas, materializando así modos de discriminación contra ciertos grupos sociales, por ejemplo: historia contada por los ricos en la discriminación de clase; historia contada por los hombres en la discriminación patriarcal de género; historia contada por los blancos en la discriminación racial; historia contada por los sostenedores de la hegemonía ideológica en la discriminación de la diversidad; historia contada por los adultos en la discriminación adultocéntrica de edad-generación.

Es decir, la historiografía de los poderosos. Ella, en sus diversas vertientes, más y menos conservadoras, ha dejado fuera: a las y los empobrecidos –salvo que se trate de criminalizarlos y usarlos para justificar las medidas tomadas por gobernantes y clases

² En este trabajo asumimos que la historia de nuestra región es anterior a la época denominada Período Colonial, por ello es interesante interrogarse respecto de si existían jóvenes antes y después de la invasión española a nuestras tierras o si quienes dieron la lucha en la revolución contra el dominio español colonial eran considerados jóvenes en su tiempo. Nuestro planteamiento, como explicaremos, es que el surgimiento del grupo social juventudes es posterior a dichos procesos.

dominantes para salvar lo que ellos mismos denominan *el orden y el progreso de la nación*–; a las mujeres –salvo que sean de la burguesía o sus diversas expresiones en la historia–; a los pueblos originarios –similar tratamiento que los sectores empobrecidos–; a niñas, niños y jóvenes, que han sido invisibilizados en su condición de tales, para ser ubicados solo en cuanto formarían parte de una clase social desde su pertenencia a una determinada familia.

Es por ello que coincidimos con Igor Goicovic (2000) cuando señala que los y las jóvenes no han convocado el interés de los historiadores ni en general ni en particular. El relato de la historia de los sectores populares de nuestra región ha tendido a diluir tanto las dimensiones ontológicas (ser joven) como su intervención histórica (quehacer juvenil) dentro de las clases subordinadas³. Por lo mismo, su condición de sujetos de la historia, de actores sociales y su uso como categoría de análisis son recientes en la disciplina histórica y en otras ramas de las ciencias sociales.

En los últimos años ha existido un acercamiento directo a la temática en nuevos trabajos que se interrogan por el carácter de constructor de la historia que este sujeto joven ha desplegado, los cuales, desde esa perspectiva, han despertado el interés por elaborar miradas que, desde el recuento histórico, puedan relevar la participación de este grupo social en las luchas de poder que han nutrido a nuestra historia.

³ Quizás la niñez de sectores empobrecidos ha contado con mayor atención en los estudios de los siglos XIX y de la primera mitad del siglo XX. Al respecto, véanse Illanes (1991) y Rojas (1996).

En ese sentido, la historia, en cuanto modo de elaboración de conocimiento social, ha venido generando claves interpretativas que logran articular nuevos enfoques y miradas sobre el aporte de lo juvenil en la construcción de la región. Para Salazar y Pinto (2002: 11), se trata de un “acto de justicia epistemológica y realismo histórico, en la medida que deje de lado la perspectiva adultocéntrica y mire la historia desde la perspectiva de los niños y los jóvenes”.

Para Víctor Muñoz, “la categoría juventud a utilizarse en estudios históricos debe negar los mitos universalistas y dar cuenta de la heterogeneidad de formas en que se presentan los períodos que, [...] cabrían dentro de su definición” (Muñoz, 2000: 1). De esta manera, el desafío que se abre se relaciona con el uso de conceptualizaciones que, lejos de volverse estáticas, tengan la flexibilidad de adecuarse a las tensiones juveniles que caracterizan cada época y posición social (clase, género, etnia, etc.) y que den cuenta así de las pluralidades y diversidades ya señaladas existentes en las juventudes, es decir, conceptualizaciones como acercamientos progresivos (Duarte, 2001).

La condición de actor social como constructor de sociedad es para Goicovic una clave histórica vital. Dicha condición debe ser contextualizada como parte de un colectivo social popular que despliega sus potencialidades como productor de cultura y de sociedad. Vale decir, no se comprende lo juvenil en la historia por sí mismo: ni como producción de sujetos aislados ni como elaboraciones de grupos sociales sin pertenencia de clase, raza y otros atributos de identidad. De manera similar a lo ya señalado, el autor releva la

condición de ser parte de un movimiento popular que ha desplegado ciertos modos de relacionarse con sus jóvenes.

Si esa es la perspectiva, entonces para Goicovic ha de asumirse un desafío metodológico, y es que las fuentes oficiales se vuelven poco pertinentes –ellas han negado la existencia del sujeto joven y al mismo tiempo han invisibilizado su aporte en el sentido señalado–, por lo que se debe recurrir a los intersticios de las fuentes, a leer entre líneas, los potentes silencios. En ese camino las producciones propiamente juveniles, aquellas en que han ido dejando plasmadas sus identidades, sueños, dolores e imaginarios, se vuelven fuentes riquísimas para la tarea de la reflexión y generación de conocimiento.

También para Salazar y Pinto (2002) existe una deuda que la historiografía debe asumir: es la nula consideración de los sujetos jóvenes, en cuanto tales, en la elaboración histórica de nuestro país. Esta invisibilización también se ha dado en otras disciplinas en la región latinoamericana y caribeña. Es la emergencia del grupo social de juventudes la que ha demandado de estas disciplinas, por ejemplo, de las ciencias sociales, la apertura hacia sus temáticas más relevantes.

En torno a esta emergencia es necesario plantear algunas ideas fuerza que polemizan sobre las siguientes afirmaciones: 1. no siempre han existido jóvenes en nuestra región; y 2. su emergencia ha sido dinámica, diferenciada y sin fin.

1. La pregunta “¿desde cuándo somos jóvenes en América Latina y el Caribe?” ubica la reflexión en un punto de intersección significativo para las ciencias sociales y la historia, en tanto permite vincular interrogantes desde ambas disciplinas que lleven a intentar comprender los procesos de emergencia de este grupo social y también las condiciones que han posibilitado esa emergencia y consolidación.

Como señalamos al inicio de este texto, en los pueblos originarios de la región no se han encontrado rastros de la existencia de un grupo al que se denominara *jóvenes*. Se pasaba de niño-niña a individuo adulto, si se contaba con los atributos que marcaban el rito de pasaje respectivo: básicamente, tener capacidades para integrarse a las labores de subsistencia económica y de defensa, en el caso de los varones, y estar en condiciones de reproducirse o asumir tareas domésticas, en el caso de las mujeres.

Si bien son escasas las investigaciones que aborden esta temática de manera específica, de los relatos de los modos de organización de la vida en los pueblos originarios se puede inferir esta situación. La designación de “jóvenes guerreros” que lucharon contra la invasión española proviene de las imágenes transmitidas por los cronistas españoles de aquel tiempo que leían esta sociedad desconocida con sus ojos y criterios europeos. Más aún, es posible también que dichas designaciones tengan que ver con la construcción de *joven igual belleza y heroísmo* procedente de la literatura griega y de la experiencia de la *efebía*⁴ (Feixá, 1998), más que con una consideración social como sujetos jóvenes.

⁴ Efebía, el que ha llegado a la pubertad.

Durante el período de organización colonial hasta la lucha por la independencia no se reconocen en la historia la presencia de jóvenes. Los relatos de aquel tiempo están mayormente centrados en la organización de la economía, de la política de la colonia española, de las tensiones generadas por los procesos de consolidación del dominio extranjero y de los intereses criollos por poner término a su existencia.

Es relevante distinguir que el proceso que dispara la emergencia del grupo social juventudes está dado por la confluencia de al menos dos: por una parte, las transformaciones en la organización económica en la región, que se dieron a partir del cambio en el modo de producción, con el paso de sistemas artesanales y fundamentalmente agrarios a la creciente industrialización de la producción; esto trajo transformaciones profundas en la organización familiar y del trabajo. El otro proceso estuvo dado por la ampliación y emergencia del sistema educacional, como preparación para el mundo del trabajo, y por la necesidad-deber de participar de la formación escolar que comenzó a ser aceptada en nuestra sociedad. La inclusión de niños, niñas y jóvenes al sistema educacional se dio diferenciada –como veremos– por la clase social, el género y la localización territorial (urbana o rural), siendo los jóvenes varones de la clase oligarca los que primero accedieron a este proceso, más tarde los varones pobres y las mujeres de la oligarquía y mucho después los sectores femeninos más pobres de las nacientes ciudades y de las poblaciones campesinas.

Mientras para los varones hijos de la oligarquía significó la apertura de un sinnúmero de oportunidades –estudios primarios en colegios de Iglesia o de alto nivel, viaje al extranjero

(principalmente, a París y a Londres) para cursar estudios universitarios—, la preparación escolar estaba dada en la perspectiva de preparar a estos *señoritos* para tomar las riendas de la administración de las riquezas familiares y de asumir la conducción desde la élite política, de los procesos de la patria.

En cambio, para los varones hijos de campesinos, dejar la niñez implicaba un conjunto de incertidumbres. Las condiciones de miseria y pauperización en que nacían los condicionaban de forma inmediata a disponerse a resolver las tensiones que exigía la supervivencia, es decir, nacían aprendiendo a escapar o resistir. En los caminos y donde fuera posible, estos jóvenes fueron generando mecanismos para esa supervivencia, con redes de solidaridad que les dieron una incipiente identidad de clase, que más tarde maduraría en movimientos sociales. De esta forma, se fueron diferenciando de los jóvenes oligarcas que exhibían “su dandinismo por los portales y pasajes de Santiago”, mientras que las “gavillas de jóvenes plebeyos vagabundeaban por todos los rincones del territorio” (Salazar y Pinto, 2002: 49).

Este proceso de emergencia, iniciado aproximadamente a mediados del siglo XIX, va a alcanzar un punto máximo de despliegue⁵ ya en el siglo XX, a fines de la década del sesenta y principios de la del setenta, cuando la cobertura educacional será mucho mayor, el acceso al mundo del trabajo para las y los jóvenes estará más abierto y sobre todo porque surgirá en los escenarios locales lo que se denominó en adelante las *expresiones culturales*

⁵ Es decir, se consolidan en las diversas clases sociales, en ambos géneros y sectores territoriales (rurales y urbanos).

juveniles. Estas últimas poseen existencia anterior, pero las claves de lectura de su presencia y aporte histórico son recientes, como veremos más adelante.

2. Esta emergencia del grupo social juventudes se ha dado a través de un proceso dinámico, diferenciado y sin fin:

- Dinámico, ya que no acontece en un determinado momento –una fecha– o a partir de un cierto hito social –un suceso–, sino que se trata de procesos con ritmos e intensidades diversas según el contexto en que ocurren, las múltiples causas que los generan, los efectos que se van ocasionando y los modos en que los propios jóvenes se movilizan ante su situación social y política.
- Diferenciado, porque, como ya señalamos, no ocurre de igual manera en las distintas clases sociales, en los géneros, las razas y la localización territorial.
- Sin fin, porque, si miramos la historia como proceso de larga duración, nos damos cuenta de que aún se está produciendo este cambio societal. Es decir, si bien hoy tenemos más elementos que hace treinta años para leer este surgimiento de lo juvenil y del grupo social juventudes en nuestra historia, hemos de considerar que ese proceso está y seguirá en producción, en cuanto constituye una respuesta a las condiciones que generan en cada época este y otros grupos sociales.

Un aspecto relevante para quienes se plantean la construcción de conocimiento sobre juventudes es la capacidad de desplegar herramientas analíticas que constituyan una triada analítica:

1. Los modos de expresión y materialización de este proceso de aparición e instalación de las juventudes en nuestra historia junto a las condiciones de diverso tipo que posibilitaron esa emergencia.
2. Las relaciones generacionales que se han dado en ese proceso.
3. Los modos diversos y plurales de ser joven y de producir lo juvenil que se construyen en cada época.

En ese sentido, podemos señalar que un eje vital de este proceso lo constituye el modo de lectura de lo juvenil que ha pasado desde estar centrado en un individuo al que se definía por su pertenencia a tal o cual familia, de la que heredaba su condición de identidad primordial y excluyente, que era la identidad de clase, hacia identidades que se autorefieren en la actualidad a partir de las producciones (creación-recreación) que las y los jóvenes realizan en forma personal o colectivamente. Es decir, hoy podemos leer la emergencia de las juventudes como tránsitos desde *identidades expropiadas* a *identidades propias*.

En ese tránsito, observando específicamente a Chile, podemos reconocer un aporte significativo en el inicio de nuevas miradas sociológicas en la investigación *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, realizada en los últimos años de la década del sesenta (Matelart y Matelart, 1970). En ella sus autores discuten el modelo que se pretendía

hegemónico de juventud, asentado como joven de clase media y universitario. Este proviene de los modelos elaborados y comunicados por otras disciplinas, principalmente las corrientes conservadoras de la psicología del desarrollo, de origen norteamericano. Armand y Michele Mattelart, autores de la investigación, consideran dichos modelos –clase media universitaria– como un mito que tergiversa las diversidades existentes en la realidad de la época y que respondían a la influencia de los sectores conservadores a través de los medios de comunicación. Por ello, en su investigación amplían la mirada considerando en su muestra a cuatro sectores de jóvenes: de universidad, que trabajan como empleados-empleadas, como obreros-obreras y jóvenes del campo. Podemos observar que la posición en la estructura social en cuanto estudiante y/o trabajador es la clave para la definición de los modelos usados en este estudio.

Otro estudio significativo en la generación de pensamiento sociológico sobre juventudes en Chile aparece quince años después (1985) en el contexto de la dictadura militar. El texto *Juventud chilena: razones y subversiones*” (Agurto, Canales y De la Maza) agrupa visiones desde diversas disciplinas y se centra en otro modelo de joven, presentado como hegemonía en los sectores de la oposición política: el joven urbano popular⁶.

Aquí comienza a producirse una mayor apertura a mirar lo juvenil desde producciones más propias de las y los jóvenes y por su posición en la estructura, y con ello comienzan a aparecer ciertas temáticas que caracterizarán dicha época de elaboraciones sobre la

⁶ La redacción en masculino no es azarosa, ya que la explicitación de lo femenino en el lenguaje de algunas corrientes sociológicas es posterior, desde principios de la década del noventa.

juventud: 1. Participación política en la lucha contra la dictadura y en la búsqueda del retorno a un sistema democrático de gobierno en el país –discursos polarizados, por una parte el del protagonismo juvenil, marcados por una suerte de esencialismo de quienes militaban en la oposición a la dictadura, y por otra parte quienes veían en dicha acción política más como anomia a la manera de Durkheim, evidenciando versiones estigmatizadoras hacia estos jóvenes (Valenzuela, 1984)–; 2. Consumo abusivo de drogas, diversificado del de marihuana (a solventes, cocaína y otros), el cual se va instalando como una problemática distinta de la de fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, pues además de la diversificación se da una amplia masificación; 3. El daño psicosocial que sufrían las y los jóvenes de sectores urbanos empobrecidos por las carencias y precariedades a que se veían sometidos (Asún, 1980, 1983); 4. Altos niveles de desempleo por la falta de preparación adecuada para el mundo del trabajo y porque dicho mundo estaba sufriendo significativos cambios que no incorporaban a las nuevas generaciones de trabajadores.

El término de la dictadura militar y el comienzo del primer gobierno civil generaron un nuevo contexto social y político que incidió en las nuevas temáticas que la sociología nacional relevó en los mundos juveniles. Los compromisos asumidos por algunos científicos sociales, en específico de nuestra disciplina, con el nuevo gobierno civil, incidieron en la orientación de sus reflexiones y en los temas resaltados, la mayoría de los cuales buscaban dar cuenta de la elaboración del programa de gobierno y de la política pública que respecto de este grupo social se proponía. Tal es el caso de un buen contingente de sociólogos y sociólogas formados en el país, así como de un significativo número de profesionales que

retornaban del exilio y se incorporaban a la labor de diseño e implementación de programas y políticas nacionales dirigidas a jóvenes en servicios públicos y ministerios (CIDE y otros, 1990; Instituto Nacional de la Juventud, 1994). En alguna medida también, se dio la incorporación de profesionales de la sociología a diversos proyectos y formas de institucionalización que las propuestas de los gobiernos comunales planteaban para poblaciones jóvenes. Así, entre las temáticas principales se abordaba la de la educación y empleo, que se transformó en un par de relación causal hasta el día de hoy, ya que se concibe que aquella es condición para el acceso al trabajo, al tiempo que se ha puesto en la capacitación el énfasis para resolver y nivelar las carencias del sistema educacional con las y los jóvenes empobrecidos y sus competencias para una adecuada inserción en los mercados de trabajo. Otro tema es el del consumo de drogas y su par, la delincuencia, pues desde el comienzo del primer gobierno civil posdictadura esta vinculación estrecha entre ambos ha constituido el eje de propuestas de acción –desde el Estado y desde algunos sectores de la sociedad civil– para intentar disciplinar y encauzar a las poblaciones jóvenes, mayormente de sectores empobrecidos, sobre quienes recae una fuerte estigmatización que las criminaliza. Otro tema que se relevaba en ese momento era el de la participación política, pues surgía una preocupación desde estas lecturas en cuanto a cómo orientar la acción política juvenil, masiva y de calle, desde la del período político anterior y ante el nuevo escenario que suponía la posibilidad de cierta institucionalización de esas prácticas.

Un discurso relevante en ese período es el que plantea la existencia de una deuda social del Estado chileno con las y los jóvenes, pues desde esa concepción de adeudamiento se definirían las estrategias de relación desde lo público hacia esa población, en especial hacia

sectores pobres y medios (Cottet y Galván, 1993). En una postura crítica a las versiones gubernamentales, se señala que sus propuestas constituyen más bien una forma de disciplinamiento de los más pobres por la vía de la capacitación para el empleo, la formalización de la participación por la vía de la entrega de personalidad jurídica a las diversas organizaciones de jóvenes como condición para acceder a recursos de distinto tipo, entre otras (Gómez, 1996).

Otro discurso crítico que comienza a elaborarse es el que señala que la salida de la dictadura, en los marcos establecidos por la Constitución de 1980, significó una derrota para el movimiento popular chileno que se planteaba en pos de cambios más significativos, no solo para acceder a un gobierno elegido por la vía electoral, sino sobre todo para recomponer la organización política del país, la economía y otras esferas de la vida nacional. Esto se leía como una derrota, pues se señalaba que se habría hecho un pacto entre las élites políticas en que no se habrían tocado estos aspectos sustantivos –sistema político, modelo económico, derechos humanos, etc.–. Entre los derrotados, el planteamiento referido señala que las y los jóvenes serían los que con más fuerza habrían sufrido esa situación, pues eran quienes más habían apostado a la transformación del país y los que, a poco andar del primer gobierno civil, comenzaron a percibirse excluidos del proceso y mantenidos fuera de muchas de las ofertas que los cambios planteaban (Muñoz, 1996).

Esta situación generó tensiones que se arrastraron hasta el segundo gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia y que se manifestaron con un discurso que les

enrostraba a las y los jóvenes su desafección de la participación política, como había sido antaño o como el mundo adulto de la época esperaba que fuera. El principal síntoma desde el cual se hacía esta lectura era la progresiva ausencia de jóvenes en los actos electorales, ya que tendían a no inscribirse a ellos. A esta situación se la denominó apatía política y llevó a ciertas producciones sociológicas y de otras disciplinas a hablar de la generación X –más bien, a importar esta denominación de origen europeo– para señalar a las poblaciones jóvenes como grupos desencantados, irresponsables que no ejercían ciudadanía.

Desde otra mirada se planteó un discurso que intentó visibilizar un conjunto de experiencias de jóvenes que tuvieron continuidad en el cambio de regímenes de gobierno o surgieron en contextos de gobiernos civiles y que se planteaban en tensión y/o contradicción con las ofertas institucionales gubernamentales o de otro tipo. Comienzan a surgir expresiones organizacionales propiamente juveniles en barrios, universidades, liceos y otros espacios públicos. En algunos casos, esas expresiones mantienen vínculos con iglesias, organizaciones no gubernamentales y otras instituciones de la sociedad civil. Para esa lectura, las acciones juveniles de este tipo sí constituían aporte a la construcción de democracia en el país, y aunque se hicieran desde otros canales, ello no las deslegitimaba, más bien abría la pregunta hacia la multiplicidad de formas de ejercer ciudadanía. Para esa mirada, las y los jóvenes, en especial de sectores empobrecidos y medios, se constituían como actores sociales en tiempo presente y no en futuros inciertos, lo cual les permitía

contraproponer un ámbito esencial de las propuestas estatales que se planteaban con mayor claridad hacia el futuro de estos sujetos que hacia sus posibilidades en ese momento⁷.

En esta perspectiva es que comenzaron a emerger y ganar visibilidad un conjunto de expresiones culturales juveniles que hasta fines de la dictadura militar estaban dentro del rango de lo prohibido y que se podría reprimir. Los punk, diversas corrientes del rock pesado, okupas, hip hop, barras del fútbol, más tarde batucadas, malabaristas, góticos, entre otros, van construyendo sus espacios de expresión y producción (contra) cultural y mostrándose en la escena nacional. Esto lleva a la sociología de la región a mirar estos movimientos y buscar elementos comprensivos para sus prácticas y propuestas. Es aquí donde con mayor fuerza viene a aparecer la imagen de jóvenes con identidades propias (apropiadas o reapropiadas, según sea el caso), pero que como jóvenes pueden ser percibidos socialmente desde su posición identitaria en su biografía personal y ya no solo desde aquello que heredan de su familia y clase (ser pobladores, ser hijos-hijas de obreros, etc.). Se señala entonces que es en este momento de la historia en que comienzan a ser mirados más significativamente como jóvenes que como expresión de otros atributos sociales (Zarzuri y Ganter, 2003).

Un caso significativo de lo anterior es el que ha venido surgiendo de las investigaciones en el ámbito educacional, específicamente en el de enseñanza media, en que se evidencia el reclamo de las y los estudiantes de no ser tratados dentro de la experiencia escolar tanto

⁷ Véanse las publicaciones del Programa Caleta Sur (www.caletasur.cl); CIDPA (Óscar Dávila (1995; 1998; 2001), Astrid Oyarzún (1994; 1995), Juan Claudio Silva (1999; 2001), www.cidpa.cl); Duarte (1995, 1997, 1999); Jamett y otras (1999).

como alumnos, ya que piden que se considere más su condición de jóvenes. Esto ha llevado a indagar por los vínculos que se dan entre la cultura escolar y las (contra) culturas juveniles, por ejemplo (Edwards y otros, 1995).

En este proceso de construcciones de conocimiento, de modos de observar y conocer las realidades juveniles, es significativo el avance que se ha dado en las búsquedas transdisciplinarias. Esto marca una interesante tendencia que emerge y que ha de ser potenciada en este tiempo. Para ello hemos de considerar los aportes de la historia, la psicología educacional, la antropología social, el trabajo social, la sociología, entre otras disciplinas que pueden contribuir con relaciones respetuosas y democráticas a profundizar e intensificar las conversaciones sobre estos sujetos y poblaciones jóvenes.

De igual manera, es importante considerar que estas miradas a que aludimos han sido construidas en diversos espacios sociales: aportes desde la academia, movimientos sociales, experiencias de educación popular, servicios públicos donde se diseña e implementa política pública, organismos no gubernamentales y otras instituciones, investigaciones independientes, entre otros. En esos espacios han confluído actores jóvenes y adultos.

En la actualidad asistimos a un debate propio de las racionalidades imperantes en la región. Es que nuestra sociedad se mira a sí misma en sus jóvenes y por ello estos sujetos aparecen, por una parte, dentro de una discusión entre integrados a y excluidos de las ofertas del mercado –en lo económico, lo social, lo político, lo cultural– y, por otra parte, como portadores de una esencia leída de manera polar entre quienes constituyen una amenaza

para nuestra sociedad –violentos, drogadictos, delincuentes, vándalos– y quienes poseen una pureza propia de su ser joven –voluntariados, buenos estudiantes, buenos hijos e hijas–. Con todo, lo que apreciamos es una diversidad de modos de ser en un grupo social que desde su pluralidad interroga a su sociedad y en particular a las ciencias sociales y otras, las que, reproduciendo esta lógica de espejo social ya señalada, también han venido construyendo diversos enfoques para mirar y mirarse en estas pluralidades juveniles.

Sendero 2. Enfoques que están a la base de estos procesos investigativos

La noción de enfoques remite a conceptualizar las racionalidades que constituyen el sustento teórico de distintas miradas desplegadas sobre juventudes. Dichas racionalidades, en algunos casos, se vinculan con las escuelas o corrientes teóricas existentes en diversas disciplinas y desde ahí pueden ser categorizadas para este ejercicio analítico que estamos realizando. Como toda categorización, esta es arbitraria y su exhaustividad no pretende ser total. Sí hemos de indicar que se han priorizado aquellos enfoques que se consideran con más desarrollo en el debate actual.

Enfoques conservadores y adultocéntricos

La construcción conceptual original sobre juventud estuvo dominada por corrientes que provienen principalmente de algunas escuelas de la psicología evolutiva o psicología del desarrollo, la medicina biologicista y la sociología funcionalista, donde priman los enfoques psicobiológicos sobre sujetos jóvenes y juventud. Una de las características principales de este enfoque está dada por la elaboración de imágenes del joven como un

individuo en preparación para el mundo adulto, proceso en el cual desarrollaría crisis de diverso tipo que lo volverían una persona vulnerable e inestable. Al mismo tiempo, esa preparación es vista como *apresto natural* para la inserción en el mundo, concebido este como sociedad adulta. Para ello se espera que alcance cierta madurez, cuyas expresiones son definidas y pautadas por el propio mundo adulto. De esta forma, el tiempo de juventud estaría definido por condiciones naturales del proceso de cada individuo a partir de su desarrollo psicobiológico y sería un tiempo acotado previo a la entrada a la adultez.

Desde estas concepciones es que se señala la existencia de una matriz adultocéntrica que se caracterizaría por la construcción de imaginarios, discursos y orientación de acciones en los que lo adulto se concibe como lo que posee valor, visibilidad y capacidad de control sobre el resto de la sociedad, que sería vista como compuesta por individuos incompletos en preparación (niñez, juventudes) o que ya pasaron (adultos mayores) (Duarte, 1994). Esta matriz se expresa en conceptualizaciones de las ciencias sociales cuando observan la realidad social, específicamente cuando lo hacen sobre las generaciones más jóvenes (Duarte, 2001a). En ellas se recrean los sentidos antes enunciados de postergación para el futuro e invisibilización en el tiempo presente, con la subvaloración de sus aportes actuales y desde la expectativa de lo que posteriormente podrán hacer, si es que cumplen con lo esperado socialmente.

Enfoques de construcción social de las juventudes

En contraposición a los enfoques conservadores y adultocéntricos, se ha venido instalando una propuesta de conceptualización de lo juvenil ya no como un proceso natural definido

por el tipo de desarrollo psicobiológico del joven, sino como un proceso cuyas características más significativas están dadas por el contexto social, político, cultural y económico en que se vive ese tiempo que cada sociedad en específico define como juventud. De esta forma, aspectos identitarios como la clase social a la que se pertenece, el género, el origen racial, la localización territorial, la adscripción (contra)cultural, entre otros, tienen un peso significativo en su conformación de identidad y en la experiencia de joven que se vivencia.

Si bien este enfoque constituye un avance significativo respecto de las perspectivas conservadoras, no es una garantía de que se logre ir más allá de las miradas adultocéntricas antes señaladas. Se reiteran en estas corrientes las lógicas de poder contenidas en la matriz adultocéntrica que ven a las y los jóvenes como sujetos en espera de ser, cuestión que lograrán al hacerse socialmente adultos (p. ej. Weinstein, 1994; Sandoval, 2003).

Enfoques culturalistas

En los últimos años ha emergido en algunos países del continente, en especial en Chile, un enfoque que se denomina como “giro hacia la cultura”. Se enfatiza en él “la construcción de un sujeto juvenil enmarcado por la cultura” (Zarzuri y Ganter, 2005: 10) y se observa lo juvenil a partir de sus producciones culturales propias, leídas mayormente desde una noción tribal planteada por Michel Maffesoli desde Europa (Maffesoli, 1990).

Estos enfoques se han venido masificando en nuestro país y han sido cuestionados por al menos tres aspectos de su producción: en primer lugar, por la preeminencia del símbolo en

sus estudios, que es asumido como uno de los componentes centrales del estilo juvenil, llevando a que en el análisis dichas expresiones se vean totalizadas en sí mismas por ese estilo, lo que debilita muchas de las miradas sobre las prácticas juveniles; un segundo eje de crítica ha sido la nula y débil vinculación que se hace de las realidades juveniles estudiadas con las condiciones de vida de esos jóvenes y sus comunidades (clase, género, raza, incluso generación) que redundan en miradas muy acotadas que pierden la capacidad comprensiva de relacionarse con lo global; el tercer eje apunta a la utilización mecanicista que se ha hecho de las nociones de neotribalidad y tribus urbanas, que niegan continuidades entre los modos de agrupación juvenil de este tiempo con épocas anteriores y que homogenizan la misma diversidad a la que apelan tras estas nociones. Ellas aún no muestran pertinencia y rendimiento político para nuestras realidades, como al parecer tienen en Europa⁸.

La diversidad al interior de este enfoque es manifiesta. Por una parte, están marcando un sendero interesante en la observación de las juventudes los trabajos de Feixá (1999) sobre las culturas juveniles en México; los aportes de Roxana Reguillo (2000), que realiza una incorporación de la clave de acción política en las expresividades y producciones juveniles. En esta misma línea, son relevantes los trabajos de Carlos Mario Perea (2007) en Colombia.

Enfoques generacionales desde lo juvenil

En continuidad con la mirada que señala la existencia de una matriz adultocéntrica en nuestras sociedades donde lo juvenil deviene de una construcción social, se ha venido desplegando una elaboración que propone mirar lo social desde la perspectiva de la

⁸ De reciente aparición y de alto interés son los trabajos incluidos en esta línea en Zarzuri y Ganter (2005).

existencia o ausencia de relaciones entre generaciones y de las características de ese tipo de relaciones. Si bien es incipiente su gestación, a propósito de su novedad, la señalamos en este texto como una línea de pensamiento que puede permitir un interesante despliegue en la sociología y en las ciencias sociales. Ello permitiría:

1. Desnaturalizar los conflictos generacionales e historizar en cada cultura y época dichas tensiones sociales.
2. Comprender las relaciones de poder existentes en y entre generaciones, en sus variantes tanto de dominación como de liberación.
3. Comprender lo juvenil como relaciones sociales en permanente construcción (dinámicas, diferenciadas e infinitas).
4. Orientar el diseño de estrategias de acción desde los propios mundos juveniles y en estilos de construcción en compañía con otros actores sociales.

Esta perspectiva otorga un rendimiento interesante, toda vez que permite leer lo social desde lo juvenil, en perspectiva generacional, y desde ahí leer también a otros actores sociales: adultos, niños y niñas, etc.

Es de anotar que los cuatro enfoques señalados no responden a una clasificación que propone características exclusivas y excluyentes de cada uno de ellos. Más bien se trata de perspectivas que se van construyendo entre continuidades y rupturas, en debates y diálogos que aportan pistas interesantes para seguir construyendo lentes con que observar lo juvenil y las relaciones generacionales en nuestra sociedad. Por lo mismo, los textos citados en

cada enfoque constituyen solo referencias, más que intentos por clasificar a autores en determinadas corrientes, debate que está siempre abierto y en movimiento. Además, estos enfoques muestran un cierto tránsito desde los enfoques tradicionales, de carácter asimétrico y conservador, hacia nuevas perspectivas. Pero, al mismo tiempo, estas diversas perspectivas conviven en este proceso de construcción de conocimiento.

Sendero 3. Desafíos a los procesos de construcción de conocimiento sobre juventudes y lo juvenil en nuestros países

Pensar la construcción de conocimiento sobre los mundos juveniles no remite necesariamente a un proceso de institucionalización, sino, más bien y sobre todo, a la existencia de una conversación social que dé cuenta de los procesos sociales y político que han implicado y que están incidiendo en la emergencia de este grupo social.

Se abre el desafío de avanzar en la profundización de las herramientas teóricas y metodológicas que se utilizan cotidianamente en los procesos de generación de conocimiento. Por una parte, porque se precisa construir una epistemología de lo juvenil que se vincule y funde en una epistemología de lo generacional y que permita construir criterios de abordaje de estas realidades sociales con enfoques respetuosos de las cotidianidades de estos sujetos y sus modos específicos de ser y hacer en sus mundos y culturas. Por otra parte, y muy vinculado a lo anterior, se requiere revisar y proponer especificidades para las diversas metodologías de investigación que permitan aprehender de manera más intensa y profunda estos mundos juveniles, es decir, diseñar estrategias de conocimiento adecuadas para los diversos tipos de juventudes, agrupaciones, prácticas,

subjetividades. Ellas deben adecuarse a las diversas realidades juveniles buscando comprensiones desde las especificidades y diálogos en que estas poblaciones jóvenes se constituyen como sujetos de investigación.

Estamos en el camino del tránsito y de la convivencia ya anunciada. En el esquema de Kühn, se trataría de un período de anomalía en que se ha salido al camino de las conceptualizaciones tradicionales –asimétricas y conservadoras–, en un intento por instalar en la reflexión otros elementos no considerados hasta ahora a la hora de mirar, aprehender y comprender a las juventudes en nuestras sociedades. Señalamos, por tanto, algunas pistas metodológicas que nos entregan orientaciones epistemológicas a este ejercicio de conocimiento que cotidianamente realizamos respecto de las y los jóvenes.

Una primera pista refiere a *la necesidad de aprehender a mirar y conocer a las juventudes, en cuanto portadoras de diferencias y singularidades que construyen su pluralidad y diversidad en los distintos espacios sociales*. A las ya tradicionales exigencias respecto de la clase, el género, la raza y la localización territorial se suman hoy exigencias respecto de los estilos culturales y de los subgrupos etéreos que se comprenden dentro del grupo social juventud.

De la misma manera, la pertenencia a uno u otro estilo cultural implica en el mundo juvenil asumir cierta estética de presentación y representación en el espacio. Por ello, otorga identidad pertenecer a un grupo rap, diferente de pertenecer a un grupo de rockeros metálicos o a la pastoral juvenil de una Iglesia. Esta diferenciación, por oposición o por

semejanzas entre uno y otro grupo de jóvenes, entre sus estilos (contra)culturales, les permite construirse una posición en el mundo, les da la posibilidad de atribuir sentidos desde dicha posición y a la vez situarse ante sí mismos y ante los y las demás con una cierta identidad. La música, el fútbol, el graffiti, la batucada, la ropa, el pelo, la vestimenta, entre otros aspectos íntimos y públicos, son los espacios e insumos que les permiten materializar dichas opciones. Reconocer estas distinciones que producen diferencias y, lamentablemente, en ocasiones, también desigualdades es clave de lectura para recoger la diversidad de las juventudes de nuestro país.

Esta diversidad, que en algunos casos produce un relativismo que niega precisión al análisis social, plantea el desafío de reconocer la complejidad de los mundos juveniles, pero al mismo tiempo invita a desplegar la capacidad de precisar y relevar los aspectos vitales para la comprensión de aquello que se muestra como complejo. En ese sentido es que surge la segunda pista a considerar, que dice relación con *la necesidad de desplegar miradas calidoscópicas hacia o desde el mundo juvenil, que permitan recoger la riqueza de la pluralidad* ya mencionada. Se trata sin duda de un esfuerzo, por dejar de lado el telescopio, aquel instrumento que otorga imágenes fijas y desde la lejanía, para comenzar a usar el calidoscopio, aquel juguete que nos permite miradas múltiples, diversas, ricas en colores y formas a cada giro de contraluz que efectuamos. Por largo tiempo, las miradas predominantes son desde la lejanía, desde el escritorio de la oficina pública, la ONG, la academia, la iglesia, etc. Se requiere en este nuevo esfuerzo epistemológico salir a la calle, vincularse con las y los jóvenes, oír sus hablas, mirar sus acciones, sentir sus aromas. Este acercamiento es hoy día más factible de realizar, en tanto las metodologías investigativas

abren caminos de encuentro entre lo cuantitativo y lo cualitativo, ofreciendo variantes riquísimas para aprehender y comprender los mundos juveniles.

Para capturar la complejidad de las juventudes en nuestras sociedades es vital la realización cada vez más profunda y precisa de este ejercicio de mirar calidoscópicamente sus mundos, sus vidas, sus sueños. Es claro que un calidoscopio puede ser utilizado con rigidez y lejanía, que su uso no asegura por sí mismo resultados que recojan la pluralidad y riqueza a que hicimos mención. Más bien se trata de humanizar su uso, vale decir, dotar de humanidad los modos de conocer que utilizamos con los mundos juveniles y acercarnos a ellos y ellas reconociéndolos como sujetos, con capacidades, con potencialidades y con aportes posibles para la comprensión de sus propios mundos, así como respecto de las sociedades en que viven. Se trata de ir más allá de los instrumentos y llenarnos de nuevas éticas-energías que nos animen en esta epistemología que, dicho de modo sintético, pretende surgir desde las y los jóvenes. Nuevamente es necesario enfatizar, para no dicotomizar la reflexión, que las miradas provenientes del mundo juvenil tampoco nos garantizan a priori aportes y novedades, ellas existen mezcladas y en tensión con las visiones tradicionales que hacen eco de las racionalidades y contenidos del adultocentrismo.

A partir de esto surge una tercera pista, que propone *la vinculación directa e íntima con el mundo juvenil, múltiple y plural, como condición de la generación de conocimiento comprensivo*. La permanente consideración de los contextos específicos y globales, la necesaria historización de las experiencias juveniles, la referencia a la pertenencia generacional que cada grupo despliega son algunas de las claves que surgen en esta pista.

Vale decir, lo juvenil se expresa a partir de ciertas condiciones de contexto específico que lo caracterizan y que le atribuyen ciertos significados. Ser joven en Chile, viviendo en un barrio empobrecido de la capital, implica determinadas condiciones de vida para un o una joven, que incidirán directamente en el tipo de mirada con que nos acerquemos a su cotidianidad. Es posible que ellos, los varones, estén más proclives al abandono del liceo para integrarse precariamente al mundo del trabajo, mientras que ellas estarán más proclives a seguir estudiando, para ser posteriormente dueñas de casa, si es que no se embarazan antes de terminar la secundaria.

En cuanto a la historización, ella tiene que ver con los procesos de corta y larga duración en que el modo de ser joven se materializa para cada joven. La vivencia de lo juvenil en tiempos de dictadura militar en Chile implicó la formación de un grupo de jóvenes en estilos relacionales con la política, orientados fuertemente hacia el poder, ya sea que se planteara su toma o su construcción. Mientras que en tiempos de los gobiernos civiles, posmilitares, la discusión por el poder e incluso por los mecanismos de gobierno casi no aparece en el espacio de la política juvenil, mientras que sí están presentes cuestiones más relacionadas con su cotidianidad inmediata y su vida íntima. Ser joven en Chile, la vivencia de lo juvenil, en su pluralidad y diversidad, ha estado también condicionado por los diversos modos de estructurarse que la historia del país ha tenido, y también en ella han incidido las y los jóvenes y sus movimientos.

En cuanto a la pertenencia generacional, es importante considerar el surgimiento en la historia, por medio de complejos y dinámicos procesos, de grupos muchas veces en pugna, los que se caracterizan por semejanzas hacia dentro y por diferenciaciones hacia afuera. Vale decir, estos grupos, a los que llamaremos *generaciones*, se autoidentifican y son significados por otros, en cuanto logran producir códigos propios que los caracterizan entre sus semejantes y que en el mismo movimiento los diferencian de otros grupos contemporáneos, anteriores y posteriores en el tiempo. Desde esta óptica, lo juvenil, visto como producción (contra)cultural, se hace partícipe de una categoría relacional en que su existencia no está dada en sí misma, sino en la medida en que se constituye la relación (por ausencia o presencia de ella) con otros grupos sociales, a los que hemos llamado generaciones. Dichas generaciones son referentes de relación en lo contemporáneo y en la memoria colectiva que repone el pasado en el presente. Esta categoría relacional: *lo generacional*, nos permite pensar y comprender las acciones, discursos, cosmovisiones, sentimientos y otras formas de vida de los grupos juveniles en distintos momentos de la historia, desde los estilos de relaciones sociales que asumen, en directa trato con otros grupos sociales –adultos, adultos mayores, niñez– y entre ellos mismos.

A partir de la necesaria vinculación directa que señalamos en esta pista, es importante decir que no se trata de una dependencia y pérdida de autonomía de quienes conocen o investigan, sino que se busca la generación de diálogos permanentes entre los diversos mundos sociales y los mundos de las y los jóvenes. Lo mismo es atribuible para quienes intervienen educativamente en dichos grupos sociales o realizan las dos acciones

simultáneamente, en la medida que las metodologías de intervención exigen hoy cada vez mayor presencia de las y los trabajadores sociales en el espacio juvenil.

Una cuarta pista, consecuencia de la anterior, busca la superación de la rigidez mecanicista con que se ha mirado y se ha hablado de *la juventud*. En este sentido, planteamos la necesaria construcción de conceptos sobre los mundos juveniles, con la pretensión de generar *conceptos dinámicos y flexibles que se acerquen progresivamente a los sujetos de estudio: las y los jóvenes, las juventudes, las expresiones juveniles, los procesos de juvenalización*, no categorías totalizantes y universalizadoras.

Este acercamiento progresivo utiliza la lógica de la tendencia al límite que nos enseña el cálculo algebraico: avanzar hacia el objetivo deseado (las realidades juveniles) siempre la mitad de lo que nos queda por recorrer. La metáfora de la coneja y la zanahoria es útil para pensar esta condición en la construcción del conocimiento, particularmente en la definición de conceptos y/o categorías para la comprensión de determinadas realidades o procesos: La coneja quiere llegar a su zanahoria, la condición que tiene para avanzar hacia ella es que solo puede hacer la mitad del recorrido que le queda cada vez, ni más ni menos, solo la mitad de lo que le queda por recorrer. Surge la pregunta ¿llegará la coneja a la zanahoria?

De esta manera, vemos que la construcción del conocimiento tiene una tendencia al límite, al infinito; es como la noción de utopía de Galeano, *ella está siempre ahí, si me acerco se aleja dos pasos, me acerco tres y se aleja cinco, pero siempre está ahí*. Pues bien, la coneja tiene como condición avanzar siempre, aunque no le sea posible llegar a ella (a la

zanahoria). Siempre nos podremos acercar más y más a las realidades juveniles. Su propio dinamismo y heterogeneidad nos exigen dinamismo en la actitud epistemológica y capacidad para mirar la diversidad juvenil. Si bien esta pista se amplía, al igual que las anteriores, a los diversos mundos sociales, la existencia y reconocimiento de las juventudes desafían su concreción cotidiana por parte de los y las científicos sociales.

Una quinta pista es que se han de *considerar como fuente vital de reflexión los discursos y prácticas juveniles que expresan de primera mano las subjetividades que estos sujetos y sus grupos construyen*. Podemos decirlo de esta forma: la imaginación sociológica que las y los jóvenes despliegan como ejercicio comprensivo de sus experiencias vitales y como comprensión de los contextos en que viven han de transformarse en información relevante para el análisis sociológico, así como abrirse a las posibilidades de realizar dichos análisis con ellas y ellos, asumiéndolos como actores capaces de construir conocimiento desde el pensamiento social.

A partir de esto podríamos denominar al ejercicio sociológico que describimos como “sociología desde lo juvenil”, intentando enfatizar que la epistemología que proponemos busca surgir desde los propios mundos juveniles. Sin embargo, esta construcción analítica de lo juvenil reconoce como eje de su existencia no solo el lugar social de su emergencia, sino sobre todo la condición relacional de la misma, es decir, lo juvenil se constituye en relación con otros grupos generacionales. Las prácticas y discursos juveniles han de considerar sus voces y diversidad de expresiones, pero pueden ser leídos y construidos analíticamente por actores que se solidarizan con sus causas y asumen con respeto los

acercamientos a sus realidades. Una estrategia posible es la realización de diálogos intergeneracionales en este ámbito de construcción de conocimiento que permita, desde los encuentros entre jóvenes, adultos y otras generaciones, el develamiento de las temáticas de interés, las claves de lectura y los códigos de acción.

Saliendo del texto, pero no de la conversación.

Al cierre de este texto, podemos señalar que la producción de conocimiento sobre mundos juveniles ha de conservar su permanente estado de construcción, no aspirar a cerrar un proceso y dictaminar el fin de sus búsquedas, sino más bien a mantenerse en la dinámica y vertiginosidad con que las realidades juveniles cambian, para cambiar con ellas y adecuarse a sus ritmos y giros. En ese sentido, es un proceso infinito que requiere de aperturas y disposición a la incertidumbre epistemológica. La innovación metodológica y teórica juega un rol vital en esta tarea epistemológica.

- Resulta vital que en este trayecto dicha producción de conocimientos se abra más allá de las posibles fronteras de cada país, para dialogar de manera constructiva con experiencias de reflexión y acción que se están generando en otros países de nuestro continente latinoamericano y caribeño⁹. Desde ahí es relevante que se dialogue con los países del tercer mundo y del sur. Es decir, posibilitar la construcción de enfoques sociológicos en concordancia con nuestras realidades y otras similares

⁹ Significativo es el esfuerzo de CIDPA que incluye permanentemente trabajos de distintos países de la región en su publicación Última Década. Véase: www.cidpa.cl

para potenciar sus rendimientos políticos y contribuir a superar el colonialismo teórico que muchas veces se muestra respecto de Europa y Estados Unidos. Llamamos la atención las elaboraciones sociológicas y de otras disciplinas que intentan leer nuestras realidades locales solo desde discusiones con autores de latitudes europeas y de Estados Unidos, sin acercarse a los rostros concretos de las y los jóvenes en nuestros países. Por ello no es extraño que después se evalúe mal a estos jóvenes por “no dar la talla” respecto de lo que esas versiones teóricas plantean o simplemente, como no son parte de la conversación, que ella se cierre sobre sí misma a partir de la coherencia que su propio discurso analítico –mal llamado teórico– elabora.

- Ya lo hemos señalado como un reconocimiento y es necesario enfatizarlo como una característica identitaria de esta construcción: el carácter transdisciplinario que ha tenido y la importancia de seguir en ese sendero. Han de construirse mecanismos para seguir dialogando y aprendiendo con otras disciplinas del pensamiento social. No solo porque las realidades han cambiado desde la concepción de las disciplinas tradicionales y contemporáneas es que ello debe ser analizado, sino sobre todo por que dicha compartimentación alude también a visiones parceladas y estancas de las complejidades sociales que con creces muestran la urgencia y el potencial de los acercamientos calidoscópicos a ellas. Entonces, apurando a la transdisciplinariedad, podemos proyectar la necesidad de interrogarnos por la pertinencia de concebir enfoques excluyentes para observar y plantear apuestas transformadoras de lo social, dejando más bien que sean esas realidades las que nos tensen y exijan el tipo de mirada más aguda y pertinente a cada especificidad.

Nuestra propuesta es que se avance en construir enfoques generacionales que señalen nuevas miradas alternativas y que tengan como punto de partida la noción de construcción social de estas experiencias de juventudes en contextos adultocéntricos. Es decir, estamos hablando de experiencias sociales construidas en medio de relaciones de poder y como expresión de las mismas, lo que permitirá análisis críticos y posiblemente liberadores de sus realidades. Si lo juvenil refiere a una condición relacional social que se configura desde una matriz de poder, la producción de conocimiento de mundos juveniles no solo no puede eludir dicho ámbito del análisis político, sino que debiera instalarlo como eje de sus matrices de lectura y apuestas. Son claves para la construcción de otros poderes, colaborativos y de cooperación intergeneracional, y pueden ser una contribución de estas nuevas comprensiones sociales. Con seguridad ustedes pueden aportar a ello.

Óscar Dávila (1995; Juventud popular: transitando por el trapecio. ¿Con red o sin ella? Revista Última Década. N° 3. Viña del Mar.

1998; Exclusión social y juventud popular. Revista Última Década. N° 8. Viña del Mar.

2001. ¿La década perdida en política de juventud en Chile; o la década del aprendizaje doloroso? Hacia una política pública de juventud. Revista Última Década. N° 14. Viña del Mar.

Astrid Oyarzún (1994; Política de juventud: encuentros y desencuentros. Revista Última Década. N° 2 Viña del Mar.

1995. Jóvenes ¿promoción y desarrollo? Revista Última Década. N° 3. Viña del Mar.

Juan Claudio Silva .1999. Ni héroes ni malvados, sólo jóvenes, Claves para iluminar la conversación sobre juventudes de los noventa. Revista Última Década. N° 11. Viña del Mar.

2001, Ciudadanía: entre el debate crítico, la lucha política y la utopía. Revista Última Década. N° 14. Viña del Mar.

Feixa Carles (1999) De jóvenes, bandas y tribus. Barcelona, Ariel.

Reguillo Roxana (2000) Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto. Buenos Aires. Grupo Editorial Norrna.

Perea Carlos Mario. Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder. México. Siglo XXI.